

Hernández Maldonado, agrupación que contaba con guitarras, mandolinas, violín, violoncello y flauta. La *Zamacueca White*, del guitarrista español Antonio Alba, es la segunda pieza que contiene el CD comentado; dicha pieza fue publicada por Alba en Valparaíso. A continuación se incluye *Vals brillante* de Alberto Orrego Carvallo, partitura manuscrita encontrada entre los papeles de don Vicente Hernández Maldonado y facilitada por su hija, la conocida directora de coros de Temuco, señorita Lucía Hernández, a Juan Mouras. Una jota, *El guitarrico*, de Antonio Alba, una de las más de 200 obras que compuso este autor, continúa la selección. La quinta pieza es la habanera *El marinero*, canción recopilada en la costa central de Chile en 1889 por Albert Friedenthal. Sigue la cueca *La japonesa*, de la cual Antonio Alba hizo un arreglo para canto y piano, el mismo que sirvió de base para la versión de violín con guitarra realizada por Juan Mouras para el CD. *El vértigo*, vals op. 119 para dos guitarras de Alba, es la séptima obra contemplada en el programa del disco, y la octava es *Marcha a Verdi*, de autor anónimo, arreglada para dos guitarras por Vicente Hernández Maldonado. La selección continúa con *El tortillero*, tonada vals de autor desconocido, en versión para dos guitarras y canto, *Curro cuchams*, paso doble de Metallo en arreglo para tres guitarras de Manuel Ramos, *Incandescente*, polca de Becucci, en arreglo para dos guitarras de Vicente Hernández y *Enamorada*, mazurca para guitarra de P. Pimentel, destacado guitarrista y fecundo compositor. Sigue la antología con el *Himno de Yungay*, marcha de José Zapiola de 1839, que fue la primera obra musical editada en Chile y que el pueblo chileno aún conserva en su memoria. La versión presentada, para dos guitarras, violín, mandolina, flauta y violoncello, es de Juan Mouras y se basa en una de Tomás Veldecantos para guitarra sola, conservada en la colección de Vicente Hernández. El programa sigue con *Ni el tiempo ni la distancia* de Eustaquio Segundo Guzmán, tonada arreglada para dos guitarras y canto por Mouras. *La chilena*, de Federico Guzmán, hermano del anterior, basada en una melodía tradicional, se presenta a continuación en un arreglo para violín y dos guitarras, también de Juan Mouras. La polca brillante *Irma* de Pirani, en arreglo de Vicente Hernández para dos guitarras, es la decimosexta pieza incluida en el CD que se reseña. La obra siguiente es una habanera de Théodore Ritter que denomina equivocadamente *Zamacueca*; ésta es sucedida por *La popular*, zamacueca anónima, igualmente arreglada para mandolina, dos guitarras, 2 violines y violoncello, por Mouras. La breve antología del siglo XIX continúa con *Elruiseñor*, vals lento, anónimo, para dos guitarras. La penúltima pieza contenida en el CD es una polca brillante de Pirani titulada *La befana*, que se escucha en un arreglo de Mouras, quien trata también de restaurar el mundo sonoro de la desaparecida Estudiantina de Temuco. La selección concluye con una versión de la *Canción Nacional* de Ramón Carnicer, en arreglo para tres guitarras de Tomás Valdecantos.

La edición de *La guitarra clásica en la música chilena de salón* es de mucha utilidad para conocer lo que ocurrió en el salón decimonónico. Esta antología sonora adquiere más valor por el cariño e inteligencia musical que muestran los intérpretes para abordar las obras elegidas. Ellos son los guitarristas Juan Mouras, Guillermo Ibarra y Jorge Rojas Zegers, la violinista y soprano Katia Miric, el violinista Héctor Viveros, el mandolinista Mauricio Valdebenito, el flautista Gonzalo García y el cellista Juan Ángel Muñoz. Se deben mencionar también los arreglos realizados por Juan Mouras, a través de los cuales hace retroceder en el tiempo al auditor, trasladándolo a fines del siglo XIX o a comienzos del XX.

Fernando García

*Printemps de la guitare 1998. Carlos Pérez 1er Prix.* CD digital. Carlos Pérez (guitarra). Printemps de la Guitare International Productions. SABAM-CYP 5651, Concours International de Guitare Classique, 1998.

Para nadie debiera resultar una sorpresa el alto nivel alcanzado estos últimos años por las nuevas generaciones de guitarristas chilenos. Los nombres de jóvenes intérpretes de este instrumento han aparecido en el podio de los ganadores de prestigiosos concursos internacionales. ¡Y pensar que, a principios del siglo veinte, en los sectores altos de la sociedad chilena no era bien visto que un varón tocara guitarra! Gracias a Dios y a la esforzada labor de maestros como Albor Maruenda y Liliana Pérez-Corey, los tiempos han cambiado y hoy se pueden ver, escuchar y apreciar los frutos de un largo trabajo, especialmente de aquellos profesores vinculados al Departamento de Música y Sonología de la Facultad de Artes. Es el caso del maestro Ernesto Quezada, varios de cuyos estudiantes han iniciado una exitosa trayectoria tanto nacional como internacional. Entre ellos destaca Carlos Pérez González, el cual estudia con el maestro Quezada desde 1991.

A sus veinticuatro años, Carlos Pérez ha obtenido numerosos premios y reconocimientos a su calidad interpretativa. Uno de los más recientes ha sido el primer lugar en la sexta edición (1998) del concurso internacional "Printemps de la Guitare" en Bélgica. Cerca de cincuenta postulantes procedentes de más de veinte países se presentaron ante un jurado compuesto por Rafael Iturri (presidente), René Bartoli, Oscar Cáceres, Álvaro Company, Alexander Frauchi, Josep Henríquez y Raphaëlla Smits, todos ellos músicos de alto prestigio internacional. Carlos Pérez resultó vencedor y como parte del premio, ha tenido la oportunidad de grabar el presente disco compacto.

El repertorio que encontramos aquí es conocido en el mundo de la guitarra clásica y resulta accesible para un amplio sector de público. Se trata de piezas para guitarra sola del paraguayo Agustín Barrios "Mangoré" (1885-1944: *Caazapá*, *Mazurka apasionata* y *Maxima*), del mexicano Manuel Ponce (1882-1948: *Thème varié et Finale*), del español Emilio Pujol (1886-1980: *Cubana* y *Scottish madriño*), del francés Roland Dyens (1952: ciclo *Homenaje a Villa Lobos*), del belga Claudy Frederic (1950: *Deux regards sur un passé présent*). A este conjunto de piezas se añade el *Concierto del Sur* para guitarra y orquesta de Manuel Ponce, grabado en vivo durante la jornada final del concurso en el Théâtre Royal de Namur, con la Orquesta Real de Cámara de Valonia bajo la dirección de Jean-Pierre Haeck.

Las críticas que se han publicado acerca de este fonograma hacen eco a los aplausos que se pueden escuchar al final del *Concierto del Sur*. La interpretación de Carlos Pérez reúne todas las características que se esperan para abordar y comunicar este tipo de repertorio: un sonido limpio, una técnica capaz de afrontar piezas de alta exigencia virtuosística y un manejo sensible e inteligente de los matices expresivos (dinámica, agógica, articulación, fraseo, juegos tímbricos y colorísticos). Sin duda, Emilio Pujol se habría sentido orgulloso de este "tataranieta" suyo (Pujol fue maestro de Lilliana Pérez, la cual fue maestra de Luis López, el cual a su vez fue maestro de Ernesto Quezada).

Finalicemos mencionando un peculiar detalle gráfico. En la carátula del disco aparece la reproducción de una acuarela original entregada a Carlos Pérez por Michèle Ruquoy. En ella se observa a un ángel guitarrista, con aves a su alrededor que lo escuchan. Seguramente este artista intuyó algo especial en el toque de Carlos Pérez, algo que remite a un particular mundo de tradiciones y motivaciones que este joven guitarrista conoce muy bien desde su niñez, y del cual, en última instancia, debe proceder la fuerza que lo ha llevado al nivel donde se encuentra y lo llevará a nuevas cimas en su carrera.

Cristián Guerra Rojas

*Cantos de la ciudad sitiada. Música vocal chilena contemporánea.* C.D digital. José Quilapi (voz) y Cirilo Vila (piano). Obras de Andrés Alcalde, Rodrigo Cádiz, Cecilia Cordero, Pablo Garrido, Alejandro Guarello, Jorge Hermosilla, Carlos Isamitt, Alejandro Pino y Cirilo Vila. Ministerio de Educación, Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (FONDART), 2000.

Hace más de diez años, en un puesto de libros y revistas viejas de un "persa" santiaguino, encontré un disco de vinilo arrumbado en una pila de long plays polvorientos. Era un disco con Vila y Stein como intérpretes de un repertorio que incluía, si mal no recuerdo, canciones de Eisler. El disco significó un valioso hallazgo para mí, ya que me hablaba de un tiempo casi cercenado de la memoria colectiva de mi país. "Cuán contingentes pueden resultar algunas cosas aparentemente del pasado", pensé después de oír el disco. Esta casualidad me permitía, a su vez, conocer algo del quehacer musical de quien comenzaba a ser mi maestro de composición por aquel año: Cirilo Vila.

Muchos años después, como una sutil coincidencia, como si la vida gustara de las pequeñas simetrías, llegó a mis manos otro disco, también con canciones aguerridas, nuevamente con Cirilo Vila al piano, y esta vez con José Quilapi como compañero de música.

Este segundo disco me retrotrajo a aquellos años de finales de los setenta. Por aquellos años, ignoraba del todo el papel que ya estaba jugando el *lied* chileno en aquel Santiago sitiado.

No fui testigo de esta especie de resistencia artística, que se generaba en diversos centros culturales de Santiago, sino hasta principios de los ochenta. Y para entonces, estos dos intérpretes llevaban largo tiempo en la tarea de recuperar un espacio para un arte libre de oficialismos.

Recuerdo bien la primera vez que oí cantar a José Quilapi. El timbre y la fuerza de su voz me hizo pensar en la textura y el color de las maderas del sur. De inmediato se hizo presente en mi memoria la primera vez que oí a un ser humano cantar en directo frente a mi persona. Era el solista de una agrupación musical mapuche que, sin micrófono, amplificación ni otro artilugio, lanzó a la multitud